

AUGE Y OCASO DE LA IDEA IMPERIAL OCCITANA

por Emilio BECERRA DE BECERRA

Capitán de O. M. del Servicio Histórico del Ejército

I

LA BATALLA DE MURET COMO OCASO DE UNA IDEA IMPERIAL

La batalla librada junto a la ciudad francesa de Muret, el jueves 13 de septiembre de 1213, terminó, de forma brusca y sangrienta, con el intento de formación de un poderoso reino pirenaico-mediterráneo, al cual habían dedicado sus esfuerzos los condes de Cataluña desde Ramón Berenguer I el Viejo en el segundo tercio del siglo XI y en el que, a la vez que avanzaba su organización, florecía una de las más sobresalientes culturas de la Historia de la Humanidad, y la más importante del mundo cristiano en los siglos XI a XIII.

Los territorios en los que se efectuó este ensayo tenían como columna vertebral a la cordillera del Pirineo, aunque se prolongaran hacia el este más allá del Ródano, al englobar la Provenza desde 1112, como consecuencia de su proyección hacia el Mediterráneo. Los habitantes de estas comarcas pertenecían a tribus prehistóricas del mismo tronco, y al ser sojuzgadas y unificadas por Roma quedaron frecuentemente bajo la misma autoridad, al hacer depender las provincias Narbonense y Tarraconense de los gobernadores de Hispania. También los visigodos las mantuvieron unidas, ya que ubicaron su reino en el siglo V sobre Cataluña y la Galia narbonense, e hicieron capital del mismo a la ciudad de Toulouse. Cuando en los reinados de Alarico y Amalarico, trasladada ya la capitalidad a Toledo, se perdieron casi todos los territorios del sur de Francia, conquistados por los reyes francos Clodoveo y Childeberto, los godos conservaron la Septimania, sobre la que ejercerían su dominio hasta que en 711 fue vencido Rodrigo.

Los musulmanes ocuparon igualmente las dos vertientes pirenaicas, e incluso la Provenza, hasta que después de la derrota de Abd al Rahman el Gafequi en Poitiers el año 732, a manos de Carlos Martel, comenzó el retroceso de la marejada mahometana y los reyes carolingios se apoderaron de todos los territorios del sur de la Galia, y más tarde fomentaron

y ayudaron el levantamiento contra los árabes en los valles catalanes y aragoneses, que se declararon vasallos suyos.

En la zona catalana, el condado de Barcelona logró la hegemonía sobre los restantes, y después de que el conde Vifredo I el Velloso convirtiera en hereditarios sus estados y que Borrell II rompiera los lazos de dependencia al rey de Francia, se erigió en un fuerte y poderoso núcleo que había de realizar grandes hechos en los siglos siguientes. También en los valles aragoneses parece ser que se erigieron feudos dependientes de Francia, en los cursos altos de los ríos Aragón, Gállego, Esera y los Noguera, y se tienen noticias de los condes Aznar y Galindo en Aragón, el primero de los cuales ocupó Jaca y la hizo capital de su territorio; algo después del año 1000 los condados de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, salieron de la órbita francesa y se integraron en el pujante reino de Sancho III el Mayor de Navarra.

Hacia la parte norte de la región, los diversos núcleos feudales fueron aflojando también los lazos que los subordinaban a Francia, adquiriendo cierta importancia los condados de Toulouse y Provenza, mientras que otros entraban dentro del círculo de influencia catalana.

En 1035 ocurrieron dos hechos que iban a resultar importantes en la formación del estado occitano-catalán. Como consecuencia del testamento de Sancho III se fundó entonces el reino de Aragón, y el conde Ramón Berenguer I heredó los condados de Barcelona, Gerona y Ausona.

Cuando fue asesinado su hermano Gonzalo, Ramiro I, el primer rey de Aragón, unió a su pequeño estado los condados de Sobrarbe y Ribagorza. Su hijo Sancho I fue proclamado rey de Navarra al morir violentamente Sancho IV y se constituyó en el paladín de la reacción cristiana frente a los almoravides. Pedro I conquistó Huesca y Alfonso I el Batallador se apoderó del valle del Ebro, con la ciudad de Zaragoza, aunque fracasó en su intento de unión con Castilla después de repudiar a su esposa la reina Urraca, pero inició en esta zona la expansión ultrapirenaica al convertir en vasallos suyos a los condes de Bearne y Bigorre; su desgraciado testamento por el que dejaba sus estados a las órdenes militares rompió la unión navarro-aragonesa y estuvo a punto de ocasionar la absorción de Aragón por el rey Alfonso VII de Castilla. Los aragoneses elevaron al trono a Ramiro, monje profeso, quien fue dispensado de sus votos por el Papa. Ramiro II no apetecía la corona ni era un guerrero; por eso, para salvar al reino, en 1137, prometió en matrimonio su hija Petronila, de dos años de edad, al conde Ramón Berenguer IV y se retiró de nuevo a un convento. Comenzaba la historia conjunta de Aragón y Cataluña.

Aquel año de 1035, Ramón Berenguer I el Viejo iba a inaugurar la expansión de sus estados al norte del Pirineo, recogiendo así el fruto de su política matrimonial y la de sus antecesores, pues casó en primeras nupcias con Isabel, hija del conde de Bitiers, y en segundas con Almodís, que lo era del conde de La Marche. Era hijo de Sancha, hija del conde de Gascuña; nieto de Ermesinda, hija del conde de Carcasona y biznieto de Lutgarda, hija de los condes de Auvernia. Como consecuencia de ello, recibió, por herencia, los condados de Carcasona, Beziers, Narbona, Co-

minges y Conflent, lo que le hacía dueño de extensos territorios en la región transpirenaica.

La labor política que desarrolló en sus cuarenta años de reinado ha hecho de él una gran figura histórica; sometió a su díscola y rebelde nobleza; redujo a vasallaje a los condados de Ampurias, Besalú, Cerdeña y Pallars, con lo que dio a Cataluña una utoridad única; promulgó los «Usatges», compilación del derecho consuetudinario catalán, en el que además de regular las relaciones feudales y públicas, se otorgaban al conde de Barcelona todas las potestades del soberano. Llevó sus fronteras con los moros hasta el Noguera Pallaresa, donde entró en contacto con el naciente reino de Aragón, y obligó a pagarle parias a los reyezuelos taifas de Zaragoza y Lérida.

Realización de un ideal político

Reunió, pues, un poderoso y bien organizado reino que, por ocupar extensos territorios en el sur de Francia, serían la base de un estado pirenaico, que sus sucesores iban a tratar de consolidar, tanto hacia el norte como hacia el este, sobre la ribera mediterránea, hacia donde les impulsaba también su vocación marítima, su cultura románico-europeísta y el hecho de ver dificultada su progresión hacia el oeste y sur por la acción del entonces poderoso reino navarro-aragonés.

Esta expansión iba a permanecer detenida durante veinte años; pero nada más iniciarse el siglo XII, se produciría la explosión expansiva de Barcelona. El conde Ramón Berenguer III, que con justicia ha sido llamado «el Grande», logró la autonomía de su estado en el terreno religioso al conseguir en 1116 la restauración de la sede arzobispal de Tarragona, ciudad conquistada por el conde anterior; consolidó su soberanía y la unidad catalana al heredar los condados de Besalú (1111) y Cerdeña (1117) y conseguir el vasallaje de los de Rosellón y Foix, por lo que fue, de hecho, el primer conde-rey de Cataluña. La expansión de sus estados se manifestó en las tres vertientes hacia las que se proyectaba la política catalana, a pesar de la oposición de Alfonso I de Aragón, que apoyaba al conde de Toulouse. En la Península conquistó Balaguer; en el sur de la Galia, si bien hubo de conceder cierta autonomía a Carcasona, incorporó a sus estados el condado de Provenza, que en 1125 fue heredado por Dulce, su tercera esposa, y en el Mediterráneo llevó a cabo la primera expedición marítima de los catalanes, con la ocupación transitoria de Ibiza y Mallorca en 1114. y firmó una alianza mercantil con Génova y Pisa. El hecho más importante, en relación con el objeto de este trabajo, fue la incorporación de Provenza, donde vio disputada su soberanía por la familia de los Baus, a quienes cedió la parte norte del condado, y, por ser un feudo del Imperio, hubo de entrar de lleno en la política europea, con lo que se reforzó la corriente que en este sentido existía ya en el estado catalano-languedociano.

En 1131 heredó el condado Ramón Berenguer IV que, como hemos visto contrajo esponsales en 1137, cuando contaba veintitrés años, con

Petronila de Aragón, y, tras abdicar su suegro la corona, ejerció el gobierno de aquel reino con el título de Príncipe de Aragón. Este hecho no sólo puso en sus manos un poderoso estado en la Península Ibérica, sino que le aportó los condados ultrapirenaicos de Bearne y Bigorre, dejó aislado el condado de Toulouse y le dio el prestigio de la dignidad real. Se había formado así un fuerte núcleo que contrarrestó la política absorbente de Castilla, haciendo posible más tarde la realización del Estado Español según el modelo de dualismo que rigió el bloque oriental y que permitió el desarrollo de las características propias de cada pueblo y de sus distintas vocaciones históricas.

Desde este momento, los intereses de Aragón y Cataluña se hacen convergentes, lo que permite las fáciles conquistas de Lérida y Tortosa. Con el tratado de Tudellén, firmado en 1151 con Alfonso VII de Castilla, se aseguró la paz en esta zona, y fue reconocida la conquista de la comarca valenciana como empresa común de catalanes y aragoneses. Afirmó su autoridad en el sur de Francia y, aunque Provenza había sido heredada por su hermano, hubo de intervenir en ella para pacificarla y, más tarde, para regirla como tutor de su sobrino.

Si este príncipe distribuyó las atenciones de su vida entre sus dominios peninsulares y occitanos, su hijo y sucesor Alfonso II dedicó casi toda su labor política a sus territorios del norte y sólo esporádicamente apareció al sur de los Pirineos, donde los hechos más importantes fueron su ayuda a Alfonso VIII en el sitio de Cuenca; la conquista y repoblación de Teruel en 1176, y la expedición hasta las llanuras litorales del Turia y del Júcar. En Occitania, recuperó la Provenza al morir su primo en 1166, hizo feudatarios a los condes de Foix, Nimes, Beziers y Carcasona y anexionó el Rosellón, a la vez que se dedicaba a una formidable labor de consolidación de sus dominios. De este modo estaba formando un fuerte reino que no sólo era pirenaico, sino también mediterráneo, basado en la solidaridad feudal, lingüística y espiritual de sus poblaciones en los momentos de mayor aportación catalana y provenzal a la cultura románico-trovadoresca, a lo que se unían intereses comerciales y marítimos comunes de los grandes puertos que se ausentaban en la costa mediterránea desde la cuenca del Ebro a la del Ródano.

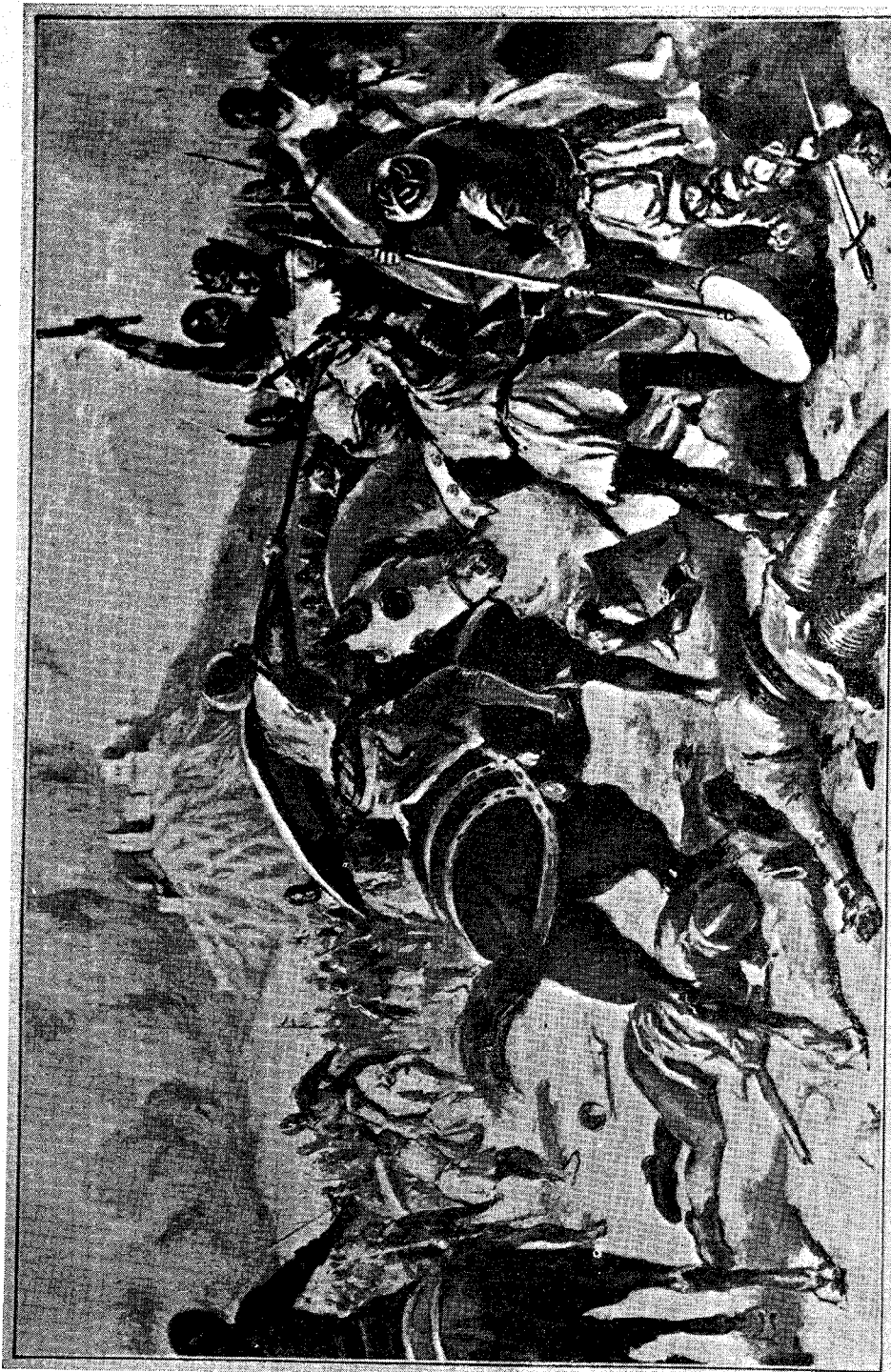
Esta política hubo de chocar, no ya con la oposición del conde de Toulouse, sino también con la de las repúblicas mercantiles italianas y, sobre todo, a fines del siglo XII, con la de los reyes de Francia, pero todo hacía creer que, en la pugna, el conde-rey iba a conseguir la ventaja. ¿Por qué no fue así? Veremos más adelante las causas que motivaron la rápida disolución del estado occitano-catalán, pero antes estudiaremos de forma somera la cultura que en él había florecido en estos tres siglos.

Intermedio cultural

En el siglo X, los monasterios catalanes llegaron a constituir precoces focos de cultura, al aprovechar la aportación arábiga y las corrientes que



El rey Jaime el Conquistador en la reproducción de una original miniatura gótica.



DESASTROSA BATALLA DE MURET, EN LA QUE MURIO DON PEDRO II DE ARAGON (AÑO 1213)

F. Mola, pint.

La muerte de Pedro II en la batalla de Muret (1213) pintado por F. Mola.

llegaban de Europa y, en especial, de Roma, y pusieron en contacto, por vez primera, las civilizaciones musulmana y carolingia con el naciente arte románico, que había empezado a irradiar desde la capitalidad cristiana. Este florecimiento, cuyo principal impulsor fue el abad Olíba de Ripoll, hermano de los condes Vifredo de Cerdeña y Bernardo Tallafarro de Besalú, iba a dar lugar en Cataluña a la especial manifestación del románico catalán y atraer hacia sus centros de estudio a los grandes artistas y pensadores de la época.

Por su parte, esta convergencia cultural, promovió en Provenza un movimiento lingüístico que será el precursor de los idiomas neolatinos: el nacimiento de la lengua de Oc, que, libre de las trabas cultistas del latín, se extendió por todo el sur de Francia y dio paso a la literatura romancesca o trovadoresca que, a partir del siglo XII, recorrió toda Europa e influyó de forma decisiva en la formación de las literaturas propias en el área latina. Esta manifestación poética, que se conoce con el nombre de «mester de juglaría», provocó, asimismo, formas propias en todas las artes, aunque su verdadero momento de esplendor en las plásticas no llegó hasta época posterior a la de este estudio. De la lengua de Oc dijo Menéndez Pelayo que era «maestra de todas las vulgares por haber logrado, antes que otra alguna, verdadero cultivo artístico y haber impuesto su técnica y sus metros, sus modelos de versificación y su peculiar artificioso vocabulario, lo mismo á la naciente poseía italiana que á la galaico-portuguesa, á la catalana, á la castellana y aun a la misma escuela de los *minnesinger* alemanes».

Los siglos XII y XIII, durante los cuales el arte románico adquirió su máximo y espléndido desarrollo, fueron de particular brillantez en el campo de la cultura para el reino que presidían los monarcas aragoneses, y en él resaltan de manera especial tres regiones: Cataluña, Languedoc y Provenza.

En Cataluña, esta corriente cultural se encontró en contacto con el arte musulmán, y de esta forma el románico tuvo en la región las características especiales citadas, en las que se nota de forma clara el influjo mozárabe. Nacida en el Languedoc, la primera lengua románica iba a ser el vehículo de esta cultura, y originaría en Provenza la literatura trovadoresca, que no sólo influiría en toda la literatura europea, sino también en el arte plástico regional.

Convertido el arte románico en la forma de expresión cultural de la Cristiandad desde mediados del siglo XI, es natural que aquí, en estos estados, donde habían sido pioneros de esta manifestación cultural, se llegara a las más altas expresiones del mismo. Como muestras arquitectónicas se pueden citar la catedral de Avignon; las portadas de San Gil y San Trófimo, en Arlés; el atrio de San Víctor, en Marsella; las iglesias de Camarga, Castelnaud y Celleneuve, cerca de Montpellier; las catedrales de Maguelone y Agde, en las comarcas al norte de los Pirineos; y en Cataluña, el Monasterio de Poblet, las catedrales de Tarragona, Lérida y las antiguas de Barcelona y Tortosa. En la escultura podemos citar el tímpano de Moissac, en Francia, y los de Jaca y San Pedro el Viejo, en Huesca, así como las del Monasterio de Poblet y los capiteles de Gerona

y San Cugat del Vallés; la escuela languedociana rebasó los límites de esta zona e influyó en Castilla, Borgoña, oeste de Francia, etc. La pintura ofrece las maravillosas figuras del Pantocrátor, que podemos admirar aún, como el de Berzé-la-Ville o el de San Clemente de Tahull; las escenas juglarescas de Bohí o la historia de Santo Tomás Becket en Santa María de Tarrasa.

Gran importancia tuvieron también las artes menores, como la orfebrería, el esmalte, la fundición en latón, bronce y hierro, los trabajos en madera y los textiles.

Pero fue sobre todo en la literatura donde mayor realce y singularidad alcanzó esta cultura; sus características principales eran la expresión refinada del sentimiento individual y el hecho de que, compuesta por los trovadores, se extendiera por medio de la voz de los juglares por toda Europa. Su gran éxito pudo deberse a que los trovadores provenzales fueron los primeros poetas en lengua romance que compusieron auténticas obras de arte y que consiguieron hacer del idioma un vehículo, lleno de gracia y sonoridad, para la expresión sentimental. Su primer representante es Guillermo IX, conde de Poitiers, y entre sus principales cultivadores podemos citar a Ramón Vidal de Besalú, Marcabrun, Pedro de Alvernia, Rimbaut de Vaqueiras, Borneil, Guillén de Cavestany, el conde Raimbaut III de Orange, Bernat de Vantadour, Arnaut de Maseuil, Arnaut Daniel, Guiraut de Bornell, Pere Vidal, Pons de Capdall, el rey Alfonso II de Aragón, Guillén de Bergadá y otros muchos. Ellos recorrieron toda la gama lírica y según Menéndez Pelayo «en todo dejaron, si no modelos, á lo menos brillantísimos ensayos, los cuales, aparte del primor y artificio métrico, excesivos si se quiere, contienen preciosas revelaciones sobre el estado moral de aquella extraña sociedad occitana que unía la petulancia de la juventud y el candor de la barbarie con el escepticismo y la depravada reflexión de la vejez».

La cultura románica estuvo orientada hacia un perfeccionamiento de la vida, que se manifestó en la «tregua de Dios», la ejemplaridad de la vida monástica y la organización de las Cruzadas.

En la situación política y cultural esbozada se encontraba el vasto y heterogéneo estado que en 1196 heredó Pedro II. Su casamiento con la condesa María, heredera de Montpellier, y su coronación en Roma el 1204 por el Papa Inocencio III, después de declararse vasallo del Pontificado, que se encontraba en la cumbre de su poder temporal, parecieron confirmar la idea de la consolidación del reino; pero la herejía de los albigenses iba a envolver a sus señores feudales y al propio Rey en la gran crisis política que, alentada por lo que hoy consideraríamos despotismo de aquel gran Pontífice, acabaría en unos años y para siempre con lo que había sido el ideal político de los soberanos de la dinastía catalana.

Una cruzada contra los albigenses

Es posible que sin el alud de destrucción que cayó sobre el sur de Francia a fines del siglo XII, el rey de Francia hubiese atacado antes o

después los estados de la Galia meridional, pero acaso hubiese ocurrido esto cuando en aquella zona el poder de los reyes de Aragón hubiese pasado de la fase de influencia a la de consolidación, y quizá ya integrado el condado de Toulouse, como consecuencia de la presión francesa. Posiblemente todo el territorio occitano había adquirido ya conciencia de su personalidad frente a la Francia del norte. La cruzada contra los albigenses dejó en interrogante a esta posibilidad y precipitó los acontecimientos, pues el celo espiritual de Inocencio III fue aprovechado en beneficio propio por el astuto rey Felipe Augusto, a quien el Papa convirtió en su brazo armado, a pesar de haberlo excomulgado unos años antes.

Durante el siglo XII la herejía de los «cátaros» se había extendido por el Languedoc, donde se multiplicaron sus adeptos, especialmente en la ciudad tolosana de Albi, por lo que fueron denominados «albigenses». Alarmada la Iglesia, condenó en varios Concilios tal herejía y envió para combatirles legados pontificios que no consiguieron éxito alguno. Pero al subir al solio Inocencio III en 1198 se propuso acabar con ellos con la ayuda del brazo secular, llegando, si era preciso, a predicar la Cruzada.

Los legados solicitaron la colaboración de los señores feudales, pero la actitud de éstos fue vacilante, y siguieron el ejemplo del conde de Toulouse, Raimundo VI, quien creyó que procediendo con un doble juego sacaría ventajas territoriales. En 1204 Pedro II se comprometió a combatir a los herejes, pero sabiendo el perjuicio que a la región le podía acarrear una represión cruel, trató de ganarlos por la razón con una acción moderada. El Papa, partidario de las medidas enérgicas, acudió a Felipe Augusto en 1205 y 1207, quien rehusó el compromiso directo, pero alentó a sus señores para que secundaran la idea del Pontífice.

Cuando en 1205 el legado Pedro de Castelnau es asesinado por un oficial del conde de Toulouse, Inocencio excomulga a éste y predica la Cruzada, dando el mando de ella al noble francés Simón de Monfort. Los cruzados entran a sangre y fuego en el Languedoc y se apoderan en 1209 de las ciudades de Beziers y Carcasona, en la primera de las cuales degollaron a 60.000 personas sin distinción de edad ni sexo, fueran o no heréticas. Pedro II interviene pero el Papa declara desposeídos a los señores naturales y da los feudos al de Monfort y sus auxiliares, previo vasallaje de éstos al rey de Aragón, quien firma un pacto con el jefe de los cruzados a quien entrega a su heredero de tres años, Jaime, para ser prometido en matrimonio a una hija del conde francés. Logra, además, que el conde de Toulouse se someta, pero pronto éste, que antes había casado con una hermana del de Aragón y se había declarado vasallo suyo, se lanza otra vez a la lucha, tratando de arrojar del territorio a los cruzados; Pedro II comete el error de desentenderse del conflicto y marcha con sus tropas a Andalucía, donde interviene brillantemente en 1212 en la batalla de Las Navas de Tolosa.

Entre tanto, los acontecimientos en el sur de Francia se precipitan; los cruzados realizan un verdadero genocidio con el pueblo occitano y Pedro II acude en ayuda de sus vasallos. Ataca la ciudad de Muret, en poder de los cruzados, pero acude Simón de Monfort y, a causa de la

defección de los señores languedocianos, el rey aragonés pierde la batalla y la vida el 13 de septiembre de 1213. De esta forma, el rey que fue llamado «el Católico» moría a manos de unos cruzados, cuando él acababa de serlo contra los moros. La represión de los vencedores es extremadamente cruel; se apoderan del Languedoc, exterminan a miles de sus pobladores y saquean las ciudades; pero no desarraigan la herejía, que sólo fue vencida más tarde por la labor de los frailes de la Orden de Predicadores que, para tal fin, había fundado Santo Domingo de Guzmán, dándose así la razón a la política que propugnara inútilmente Pedro «el Católico», y quedando demostrado que lo único que importaba a los señores feudales franceses que integraban la Cruzada era la desaparición de la influencia catalano-aragonesa en beneficio del rey de Francia.

La situación en que quedó el reino de Aragón y Cataluña imposibilitó cualquier reacción; el nuevo rey, que contaba apenas seis años, estaba en poder del vencedor de Muret; Cataluña y Aragón eran administrados por distintos gobernadores, y el príncipe Sancho, nombrado regente, sólo aspiraba a usurpar el trono a su sobrino. Cuando Jaime I estuvo en edad y circunstancias para hacer valer sus derechos, la posición de Francia en el Languedoc estaba bastante afirmada, y «el Conquistador», lanzado de lleno a su labor de reconquista contra los mahometanos y guiado por su generosa política hacia los restantes soberanos cristianos, que veremos en la segunda parte de este trabajo, firmó con Luis IX el Santo, en 1258, el Tratado de Corbeil por el que se comprometía a no reivindicar los territorios del sur de Francia, aunque conservando el condado de Montpellier, a cambio de que el francés reconociera extinguidos los hipotéticos derechos carolingios sobre la Marca Hispánica, prescritos al ocupar el trono galo la dinastía Capeto. El matrimonio de los hermanos de San Luis, Carlos de Anjou y Alfonso de Poitiers, con las herederas de Provenza y Tolosa, puso definitivamente bajo el control de París todas las comarcas al norte de los Pirineos. De este modo, se daba fin, de hecho y de derecho, al primer intento imperial de catalanes y aragoneses.

El reino occitano-catalán fue una tentativa para edificar sobre el arco litoral mediterráneo, que abarca el levante español y el mediodía francés, un estado federativo bajo la soberanía de los príncipes de una dinastía que se había distinguido por saber armonizar la personalidad de cada uno de sus estados sin que ninguno de ellos perdiera su idiosincracia; por el apoyo y cultivo que prestaron a una cultura de síntesis de las tres principales civilizaciones de los siglos XI, XII y XIII, y por la vocación netamente mediterránea de sus ciudadanos, traducida en una intensa actividad comercial y marítima. Su situación en el punto de contacto de tres grandes focos políticos de su tiempo: Córdoba, Roma y París, y sus relaciones con el Imperio, le dieron una decidida vocación europeísta, que el núcleo catalano-aragonés había de conservar hasta nuestros días. Y todas estas virtudes las aportaron a la Patria común, aunque los avatares de la política en los siglos modernos las hicieran parecer olvidadas en ocasiones.

Si el intento fracasó después de 1213 se debió, en primer lugar, a la rivalidad que originó en el rey de Francia, al cerrarle la salida al

Mediterráneo, y en las Repúblicas italianas, con quienes competía, especialmente desde Barcelona y Marsella, por el comercio marítimo; unos y otros aprovecharon el carácter autoritario de Inocencio III, que si fue acaso el más grande de los Papas de la Edad Media, acaso pecó de soberbia en sus relaciones con los soberanos temporales, y desde luego no fue gran amigo de Pedro II, a pesar de haberse declarado éste vasallo suyo, acaso por su nacimiento italiano y su formación francesa. Verdad es que el Pontífice trató de reducir primero por medios pacíficos a los albigenses y que condenó los excesos de los cruzados, pero ya se le había ido de las manos la dirección de éstos, manejados por la sagaz mente del maquiavélico rey de Francia; cuando Pedro de Aragón quiso luchar contra la herejía con la razón y los castigos moderados, no supo escucharlo.

En segundo lugar, fue causa importante la misma virtud de los soberanos de respetar la manera de ser de sus pueblos, su propia política interior, lo que retrasó el afianzamiento del poder real y permitió que cada señor feudal pudiera obrar a su antojo en la crisis religiosa.

Y en tercer lugar, los dos grandes errores de Pedro II: confiar en la nobleza del cruel conde Simón de Monfort, haciéndole custodio de su heredero, y el abandono en que dejó al Languedoc para acudir a la Cruzada contra los almohades, si bien es verdad que de haber vencido éstos en Las Navas, la existencia de Cataluña y Aragón, de toda la España cristiana, corría un gran peligro.

Como hemos visto, la reacción aragonesa-catalana no fue posible en los años inmediatos; los territorios occitanos quedaron arrasados y en manos francesas; Aragón y Cataluña se debatían en la anarquía, hasta hacer necesario que Jaime I empuñara las riendas del gobierno cuando contaba nueve años. Cuando llegó a la edad de poder hacer valer sus derechos en Occitania, consideró que el gran esfuerzo que ello exigiría iba a estar mejor empleado en combatir a los moros, y a ello dedicó todas sus energías; su deseo de no luchar contra los príncipes cristianos y de permitir a San Luis llevar a cabo sus Cruzadas, hizo que firmara el Tratado de Corbeil, con el que se sancionaba su exclusión y la de su política del sur de Francia.

¿Cómo hubiese sido el curso de la Historia si en Muret, sin la cobardía del conde de Toulouse y de los barones occitanos, hubiese vencido Pedro II? Hay que pensar en un reino que se hubiera extendido prácticamente desde el Atlántico hasta los Alpes y desde el río Segura hasta el Dordogne; con la extensa costa que abarca desde la desembocadura del citado río español hasta Niza; con el dominio avanzado de las Baleares; con puertos tan importantes como Valencia, Barcelona y Marsella; con los recursos de la vega valenciana, el valle del Ebro, la llanura al norte del Pirineo y la fértil comarca de la desembocadura del Ródano; con las pujantes industrias que ya se asentaban en Cataluña, el Languedoc y Provenza; con el florecimiento de su cultura románica...

Desde luego, la expansión mediterránea hacia Sicilia, Cerdeña y el sur de Italia, se habría realizado, pero de una forma más acelerada, más sólida, y sin las trabas que opuso la acción francesa. El comercio en el

Mediterráneo acaso habría sido un monopolio de este estado y es posible que hasta la piratería de los marinos turcos y sus aliados, años más tarde, se hubiese evitado, pues la conquista de las costas de Argel y Túnez hubiera sido acción fácil al no tener que atender a otros enemigos.

Acaso... Pero esto es solamente futurismo. Si no se convirtió en realidad, quizá fuera para mayor gloria de nuestra Patria común que estaba llamada a cumplir su extraordinaria tarea histórica en otros escenarios.

II

POLITICA EXTERIOR DE JAIME I DE ARAGON

Aquí, en Valencia, seis días antes de las calendas de agosto (27 de julio) del año 1276 murió el noble En Jaime por la gracia de Dios rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel, y señor de Montpellier, cujus anima per misericordiam Dei requiescat in pace. Amen. Vivió el rey don Jaime después de la toma de Valencia treinta y siete años.

Así termina, en párrafo escrito por extraña mano, el *Libre des feyts esdevençuts en la vida del molt alt senyor Rey En Jaume lo Conqueridor o Crónica de Jaime I* que el mismo soberano escribió en lemosín, y una de cuyas copias tradujeron al castellano Mariano Flotats y Antonio de Bofarull, y editó Gaspar y Roig en Madrid en 1848.

Se cumplió el séptimo aniversario de la muerte de Jaime I, uno de los más importantes monarcas hispanos de la Edad Media, sólo comparable con Fernando III de Castilla, y del que nuestra historiografía no se ha ocupado acaso en la medida que merece el personaje, sus hechos y sus sesenta y tres años de reinado.

Una de las facetas menos estudiadas es su política exterior, sus relaciones con los estados limítrofes y aún con el Pontificado, todopoderoso entonces, lo cual tuvo quizá una proyección tan importante para el desarrollo de la nacionalidad hispana como la conquista de Baleares y Valencia.

Acaso muchos crean que sus continuas campañas contra los musulmanes forman parte de su política exterior, pero aparte de que éstas eran acciones eminentemente militares —pues sí muchas plazas se le entregaron sin lucha se debió al temor ante su potencia bélica— para los estados cristianos de España se trataba de reconquistar el territorio patrio que usurpaba el invasor y ello lo convertía en un asunto de régimen interno. Nos limitaremos, pues, a estudiar sus relaciones, exteriores.

Relaciones con la Santa Sede

En el examen de su política hacia el Pontífice hemos de remontarnos al momento de la muerte de su padre Pedro II el Católico, acaecida en la batalla de Muret el 13 de septiembre de 1213. El príncipe Jaime, que había nacido el 1 de febrero de 1208, se encontraba en Carcasona bajo la tutela del vencedor de su padre, Simón de Montfort, jefe de la Cruzada contra los albigenses, pues así se había decidido por el convenio de San Nazario de Masol, firmado el 27 de enero de 1211 entre ambos rivales, con la aprobación de Inocencio III y la promesa de casamiento con Amicia, hija del conde francés. Tan pronto como supo la noticia de la muerte de su esposo, la reina María de Montpeller nombró al Papa tutor y albacea testamentario de su hijo. Gracias a esta resolución y a las súplicas de los prohombres de Aragón y Cataluña, el Pontífice ordenó la entrega del joven rey, cuya custodia encomendó al maestro del Temple, Guillermo de Montredón, quien durante cinco años, entre 1214 y 1218, le educó en el castillo de Monzón. Esta tutela de Inocencio III y las ideas inculcadas por los Templarios serían un condicionamiento en toda su actuación política: sumisión a las normas emanadas del Santo Padre, amistad con los reyes cristianos y guerra contra los sarracenos sin descanso, aunque siempre noble y caballeresca, hasta el extremo de que fueron muchas las plazas musulmanas que se le entregaron, gracias a su magnánimo comportamiento con los vencidos y al respeto leal a las cláusulas de las rendiciones.

Pero el rey Jaime, a pesar de los reiterados ruegos de los Papas y de San Luis siempre se negó a tomar parte en las Cruzadas, mientras quedase una sola aldea en poder de los mahometanos dentro de los territorios que correspondían a su corona, aunque en todo momento ayudó a San Fernando y a Alfonso X de Castilla en sus luchas contra el Islam, pues el Conquistador llevaba muy arraigada la idea de unidad que significaba el nombre de España.

Como consecuencia, sus relaciones con la Santa Sede fueron siempre cordiales, excepto cuando con motivo del concilio acudió a Lyon en 1274, llamado por el Papa, y Gregorio X, después de recibirlo con grandes muestras de cariño y deferencia y de comprometerlo para realizar una expedición a Tierra Santa, le exigió para acceder a coronarlo que ratificase el vasallaje a Roma comprometido por su padre y pagase lo que desde entonces se debía a la Sede Apostólica; a esta petición dio el rey la siguiente respuesta, según él mismo relata en el *Libre des Feys*:

que si tanto se empeñaba, quizá le daríamos dicha suma; pero que no nos parecía razonable que nos hiciese tales demandas, en ocasión en que acababábamos de darle consejo y ofrecerle socorros que tenían doblado valor del que nos reclamaba; y, finalmente, que en cuanto a firmarle escritura confesándonos tributario suyo, no lo haríamos de ninguna manera, porque los servicios que Nos habíamos prestado

a Dios y a la Iglesia de Roma, bien merecían, a nuestro entender que se renunciase respecto a Nos a tan mezquinas exigencias.

y como el Pontífice insistiera en la petición, la paciencia de Jaime I se agotó y contestó airado:

que Nos habíamos ido a la corte del Papa, no para hacernos tributario suyo, sino para que nos concediera nuevas gracias; y que toda vez que él no quería coronarnos sino con aquella condición, nos importaría muy poco el volvernos sin corona.

Uno de los servicios alegados por Jaime I frente al Papa fue su intento de Cruzada cuando concordado con el Khan de Tartaria, que se había convertido al cristianismo, y con el emperador de Bizancio, Miguel Paleólogo, se dispuso a emprender la liberación de los Santos Lugares, a cuya empresa no logró arrastrar al rey de Castilla. A tal efecto, el 4 de septiembre de 1269 había partido del puerto de Barcelona con una flota de tres grandes navíos, doce galeras y numerosas naves de otros modelos, en las que se embarcaron 800 hombres de armas y 20.000 peones. Con tan exiguos medios era más que temerario realizar la expedición, y parece que hasta la Providencia desaprobaba la tentativa pues se desencadenó tal tempestad sobre el Golfo de León, que la escuadra fue dispersada y el rey hubo de volver a Barcelona, pues Jaime conoció que «a Dios no le placía aquel viaje».

Pero si hubo de renunciar entonces a su anhelo de liberar Tierra Santa, jamás desechó la idea de intentarlo de nuevo, ya que una vez concluida la Reconquista en lo que atañía a sus reinos, lo consideraba un deber ineludible, y por ello no dudó en prometer a Gregorio X en Lyon que prepararía una nueva expedición a Palestina, y al efecto comenzó en seguida las diligencias para ello, pero antes de que pudiera llevarlo a cabo le sorprendió la muerte a los sesenta y ocho años.

Relaciones con Castilla

Las relaciones con Castilla pasaron a veces por situaciones muy tensas, provocadas casi siempre por su yerno el infante Alfonso, tan mal político como gran hombre de letras y ciencias. Ambos reinos tenían que coincidir y chocar muchas veces a lo largo de su historia en sus anhelos de expansión hacia el sur, en la tarea de reconquistar los territorios que tenían ocupados los sarracenos. Y estos enfrentamientos fueron más violentos cuanto mayor era el deseo de Castilla de convertirse en el núcleo que realizara la unidad nacional, cosa que por otro lado constituyó su mayor virtud política. Retrasada la labor reconquistadora en la depresión ibérica, Alfonso VII de Castilla aprovechó la crisis aragonesa que se produjo a la muerte de Alfonso I el Batallador para ocupar Zaragoza, pero hubo de desistir de la anexión ante la reacción acaudillada por Ramón Beren-

guer IV y contentarse con que éste le reconociera emperador. Ambos soberanos firmaron el Tratado de Tudellén en 1151, ratificado en Cazola por Alfonso II de Aragón y Alfonso VIII de Castilla en 1179, por los que ambos reinos se repartieron, como terrenos de conquista, los territorios ocupados a la sazón por los moros, correspondiendo a la monarquía aragonesa-catalana la ciudad de «Valencia y todo su reino, con cuanto le perteneciese: Játiva con todas sus dependencias, Biar con sus términos, y todo el territorio comprendido desde el puerto de Biar hasta Játiva y Valencia; y, por último, todo el reino de Denia, hasta el mar y Calpe».

Pero a pesar de estos tratados, el rápido avance hacia el sur de las huestes del Conquistador y la política vacilante del rey Sabio, entonces príncipe heredero, produjo un delicado roce cuando las fuerzas cristianas llegaron ante los muros de Játiva. No fue culpable de este choque el aragonés, que de sobra había demostrado su buena voluntad y nobleza cuando estando atacando la fortaleza de Bairén, el desposeído rey de Valencia, Zaer o Zayyan, que se había refugiado en Denia, solicitó una entrevista con Jaime I en la que le ofreció entregarle Alicante y su castillo a cambio del señorío de Valencia, en calidad de vasallo, a lo que contestó el rey cristiano, según nos dice en su crónica:

que le agradecíamos muchísimo la devoción y amor que nos mostraba, con ofrecernos a Nos, antes que a ningún otro, el señorío de aquel castillo de Alicante; pero que no llevase a mal si no podíamos aceptar su ofrecimiento, porque no queríamos quebrantar los tratados con que estábamos obligados al rey de Castilla, según los cuales ya en tiempo del padre de éste y de nuestro abuelo habían quedado designadas las tierras que a cada uno debían tocar, y a él debía pertenecerle el castillo que ahora se nos ofrecía.

El enfrentamiento ocurrió en 1244; pero antes de esa fecha Jaime I había atacado por primera vez a Játiva en 1241, y firmado un acuerdo con su alcaide por el cual éste le reconocía como su señor, se comprometía bajo juramento a no rendir a nadie más la plaza y le entregó en prenda la fortaleza de Castelló, próxima a la misma. Pero tres años más tarde, cuando ya el infante Alfonso de Castilla estaba comprometido en matrimonio con Violante, hija del Conquistador, los moros de Játiva rompieron las treguas y el rey de Aragón exigió la entrega de la plaza; denegada ésta, procedió a formalizar el sitio; durante el mismo, supo que su yerno estaba en tratos con el alcaide para que entregara la plaza a Castilla, para lo cual se había acercado con una lucida hueste y ocupado Enguera, población de la zona, por lo que el aragonés se apresuró a apoderarse de Villena, Saix, Bugarra y Capdets, que correspondían a Castilla. En esta situación, suegro y yerno se entrevistaron con talante airado en Almizra, donde estuvo a punto de producirse la ruptura, pero gracias a la intervención de la reina Violante depusieron su actitud y firmaron el 26 de marzo de 1244 un tratado que confirmaba las delimitaciones territoriales de los anteriores.

En cumplimiento de estos tratados, Jaime I conquistó todo el territorio que le había sido asignado, deteniendo su avance tan pronto llegó a la línea prefijada. Pero el Conquistador no cesó en su lucha contra la Media Luna, aunque desde ese momento lo hizo desinteresadamente. Entre 1245 y 1248 ayudó, sin exigir precio alguno, a Fernando III en la conquista de Sevilla, y cuando años más tarde el rey de Granada rompió su vasallaje a Castilla, reinando ya Alfonso X el Sabio, y reanudó la guerra con la ayuda de tropas africanas, después de lograr que todas las plazas fronterizas donde vivían musulmanes se levantasen contra el rey castellano, entre ellas las de Murcia, a pesar de tener guarniciones cristianas, el de Aragón acudió presto en su auxilio; ante el peligro, el rey Sabio solicitó la ayuda de su suegro, enviando como embajadora a su esposa, y Jaime I, no obstante la oposición de sus vasallos, entró con un fuerte ejército por reino de Murcia, cuya capital conquistó en los primeros días de 1266, que, junto con veintiocho castillos que había ocupado en la zona, entregó inmediatamente a su yerno, haciendo honor a los pactos, sin pedir compensación ni pago alguno.

Relaciones con Navarra

En su política con Navarra no influyeron ni tratados, ni antiguas rivalidades, ni conflictos de fronteras; después de la separación de ambos reinos las relaciones habían sido cordiales, y en buena armonía transcurrieron durante los primeros años del reinado de Jaime I.

En 1228 el anciano rey Sancho VII el Fuerte, compañero de heroísmo de Pedro II en Las Navas de Tolosa, impedido por la gota, vio sus territorios fronterizos arrebatados por los señores vascones y castellanos alentados por el rey de Castilla. No deseaba por otra parte que su reino fuera a manos de su nieto Teobaldo de Champaña, por presumir que con ello acabaría por convertirse en provincia francesa. Mandó entonces llamar a Jaime I y a cambio de su ayuda contra los castellanos, le ofreció nombrarle su heredero y sucesor, prohiéndose mutuamente, oferta que aceptó el aragonés, no sin reservar antes los derechos de su legítimo heredero. El trato no podía ser más ventajoso: Jaime I contaba, cuando se firmó el convenio, 1299, veintiún años y el monarca navarro setenta y cuatro, con lo que era casi imposible que éste accediera al trono aragonés teniendo que esperar a que previamente fallecieran Jaime I y el infante Alfonso.

Bastó el tratado y la gestión política del Conquistador para que los castellanos renunciaran a sus ideas expansionistas en la frontera navarra, con lo que el rey de Argón había cumplido su parte en el convenio y era, por tanto, legal príncipe heredero de Navarra, pero como viera que al morir Sancho VII en 1234 sus súbditos preferían elevar al trono al sobrino postergado, no sólo renunció a sus derechos, sino que apoyó a Teobaldo I frente a castellanos y franceses.

Relaciones con Francia

Con Francia existían unas delicadas relaciones por la secular rivalidad por la supremacía en las tierras occitano-provenzales, agravadas desde el estallido de la revuelta *cátara* y especialmente desde la muerte de Pedro II en Muret en 1213 y la ocupación de Occitania por los barones francos mandados por Simón de Monfort, que habían convertido la Cruzada en una campaña de conquista a favor del rey francés Felipe Augusto. Al principio, la situación del rey niño, Jaime I, en poder del conde de Monfort, impidió cualquier reacción, pero liberado aquél por la intervención de Inocencio III y entregado para su custodia y educación a los Templarios de Monzón, el regente, Sancho de Aragón, trató de reanudar la lucha apoyando a su pariente el conde de Tolosa, más la intervención papal, que puso en entredicho al regente, dio al traste con sus propósitos y encendió la guerra civil entre la nobleza de Aragón y Cataluña.

Cuando más tarde, superadas las discordias civiles, Jaime I se sintió fuerte, prefirió, llevado de sus sentimientos personales y acaso movido por la influencia de su preceptor, combatir contra los musulmanes y llevó a cabo las conquistas de Baleares y Valencia.

En 1241 entró en posesión por herencia de los condados de Rosellón y Cerdeña, y unos años después quedaba libre de sus tareas reconquistadoras. Entonces inició una política de acercamiento a los condes de Tolosa y Provenza, guiado por la idea de reconstituir la perdida zona de influencia en la Galia meridional, pero pronto se convenció de que aquello era un verdadero avispado debido al feroz individualismo y a la rivalidad entre los nobles occitanos, lo que unido a la muerte de su deudo Ramón Berenguer V de Provenza le hizo desentenderse totalmente de los asuntos transpirenaicos.

Casadas las herederas de Tolosa y Provenza con Alfonso, conde de Poitiers, y Carlos, conde de Anjou, hermanos de San Luis, accedió a firmar con éste, que deseaba no dejar tras sí problemas fronterizos antes de marchar a la Cruzada, un tratado, que fue suscrito en Corbeill en 11 de mayo de 1258, en el que una vez más se puso de manifiesto la generosa conducta del aragonés para con los príncipes cristianos, pues, a cambio de la renuncia del francés a los hipotéticos títulos nominales que pudiera tener sobre los primitivos condados catalanes, como descendiente de Carlomagno, que estaban más que prescritos por el paso del tiempo y por la extinción de la dinastía carolingia, el Conquistador se obligaba por sí y por sus sucesores a no reclamar en adelante sus derechos señoriales sobre el Mediodía de la Galia y a los que por herencia le correspondían sobre los estados provenzales.

Tal fue la política de Jaime I, rey de Aragón, de Mallorca y de Valencia; conde de Barcelona, de Urgel, de Rosellón y de Cerdeña, y señor de

Montpeller, hacia el Sumo Pontífice y los príncipes vecinos; siempre hubo generosidad y nobleza en su conducta hacia todos ellos, aunque en ocasiones le pagaron con la ingratitud; pero el alma del Conquistador estaba tan llena de magnanimidad que nunca albergó ideas de venganza o de rivalidad, y sólo se dejaba guiar por la justicia y la amistad más desinteresada.

BIBLIOGRAFIA

- BALLESTEROS Y BERETTA, Antonio: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*, tomo III, Casa Editorial P. Salvat, Barcelona, 1920.
- BOFARULL Y MASCARO, Próspero: *Colección de documentos inéditos de la Corona de Aragón*: Tip. de José Eusebio Monfort, Barcelona, 1851-54.
- *Los condes de Barcelona vindicados*, tomo III: Imprenta de J. Oliveros y Monmany, Barcelona, 1836.
- FORNET DE ASENSI, Emilio: *Don Jaime el Conquistador*, Editorial Gran Capitán, Madrid, 1948.
- JAIME I: *Llibre dels Fets*, traducción al castellano de Mariano Flotats y Antonio de Bofarull: *Historia del rey de Aragón don Jaime I el Conquistador*: Librería de Gaspar y Roig, Madrid, 1848.
- Traducción al castellano de Enrique Palau: *Jaime I el Conquistador. Crónica Histórica o Llibre dels Fets*, dos tomos, Editorial Iberia, S. A., Barcelona, 1958.
- LAMPAYAS, José: *Jaime I el Conquistador*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1942.
- LAFUENTE, Modesto: *Historia General de España*, tomo IV, Montaner y Simón, editores, Barcelona, 1888.
- MARIANA, Padre Luis de: *Historia General*, tomo I: Imprenta y librería de Gaspar y Roig, editores, Madrid, 1855.
- RODRÍGUEZ CODOLA, Manuel: *Historia de España y de los pueblos hispanoamericanos hasta su independencia*, tomo I, M. Seguí, editor, Barcelona, sin fecha.
- RUBIO, Julián María: «Historia Política de la Baja Edad Media», *Historia de España* del Instituto Gallach, dirigida por Luis Pericot García, tomo III, I. G. de Librería y Ediciones, Barcelona, 1936.